



# ELOGIO DE LA IMAGINACIÓN

— María Luisa Brey —

**E**s ya una vieja queja la “queja” de que los sistemas educativos, hoy, sofocan cada vez más las capacidades creativas del ser humano. Han puesto el énfasis en el conocimiento y han relegado el sentir, por lo que la noción de inteligencia se nos ha quedado muy pequeña. Lo que importa para la vida —se dice— son los conocimientos científicos y racionales. Esto es un grave error; los conocimientos científicos sí importan, y mucho, pero conviene no olvidar que todo gran avance de la ciencia es el resultado de una gran audacia de la imaginación. Por eso urge rescatarla del olvido, revalorizarla; devolverle su función liberadora, fundamental en la salvaguarda de la vida integral del hombre. Recuperar del olvido la lógica del corazón para humanizarse, para equilibrar la excesiva racionalización de un mundo que cada día habla un lenguaje más descarnado de todo lo que es emoción, gratuidad; de un mundo reducido y reductor desde su pensamiento robótico y mecanizado.

Pero la fantasía, la creatividad, hay que cultivarlas. Para que la imaginación suba al poder, como pedían los jóvenes contestatarios del 68, tiene que encontrar clima propicio. El niño, dice el gran médico humanista **Rof Carballo**, es creador desde la cuna; “*no es la madre la que hace al niño —asegura— sino al revés; el niño, ese ser necesitado de ternura, es el que hace a la madre. El niño tiene en sí los dispositivos para suscitarse en la madre la función biológica que le está esperando*”. Pero a este niño creador hay que motivarle, estimularle, porque su alegría y su fe del mañana, dice Rof Carballo, están vinculadas, para siempre, a la urdimbre primera; es decir, al zurdido armonioso y constante de los primeros encuentros madre-hijo, donde nacen el juego y la sonrisa. De la armonía y equilibrio de los cerebros maternos: el hemisferio racional, tan bombardeado hoy día, y el cerebro emocional, captador de símbolos y configuraciones, depende que el niño sea un ser de mente amplia, capaz de ironía y de humor, con inteligencia imaginativa, es decir, con magia creadora, o bien un

ser de horizontes restringidos, sin libertad, convencido de que no hay más problemas que los que la razón puede resolver.

El niño, dicen muchos, no necesita relatos ni fantasías; hay que darle una formación de tipo didáctico y realista, poner bajo sus pies tierra firme y tranquilizadora. No piensa así **Bruno Bettelheim**, el famoso psicólogo de la infancia. Bettelheim, que ha

dedicado múltiples estudios al tema, afirma que los cuentos de hadas representan la realidad interna del niño, sus temores, sus deseos, sus pasiones, encubiertos en el mágico lenguaje metafórico del cuento. No cometamos el tremendo error, dice, de mirar hacia la infancia con ojos de adulto. Recordemos que en los primeros pasos por el mundo el niño vive una historia dura, una pequeña lucha particular, en muchos aspectos dramática. Entre los tres y los cinco años tiene su crisis central, y es entonces cuando el cuento, con un lenguaje a su altura, le calma y tranquiliza. Lo siente real, porque le plantea sus problemas. Instintivamente sabe cual de los muchos cuentos es más importante para él en cada momento —normalmente los clásicos: Caperucita Roja, Blanca Nieves— y esta es la razón por la que exige que se los contemos una y otra vez. El

cuento le garantiza que, a pesar de las adversidades, encontrará siempre quien le ayude. Por eso dice Bettelheim que es un error considerar los cuentos como irreales. Por el contrario, son un espejo mágico que refleja aspectos de la vida y del universo interior de la infancia: el amor mezclado con el odio, el miedo a ser abandonado, la vejez, la muerte. Los cuentos, al presentar héroes frecuentemente pequeños, despreciados, incluso tontos, dicen al niño que, a pesar de sus temores y limitaciones, él saldrá siempre triunfante si se enfrenta con valor a los peligros del mundo, por terribles que le parezcan. Esa, dice el gran psicólogo, es la condición esencial para crecer y convertirse en un ser autónomo.



En una entrevista que mantuve con Don Gonzalo Torrente Ballester, el excelente novelista gallego, surgió, necesariamente, el tema de la imaginación. “¿Cree que si a los niños –le pregunté– se les agudizase más la capacidad imaginativa con libros semejantes a “Alicia en el país de las maravillas” de mayores serían capaces de escribir “La Saga/Fuga” o “Cien años de soledad”? “Y muchas cosas más, me contestó. Seríamos capaces de inventar aparatos, de poner cohetes en la Luna. Yo repito mucho esto, pero no es un tópico. Un pueblo que es capaz de inventar en el papel lo puede hacer también en el taller y en el laboratorio. Fíjese Ud., en los países donde hay grandes inventores hay también grandes novelistas. Para hacer grandes novelas y grandes inventos no hace falta más que una cosa: imaginación. La imaginación es fundamental para vivir, para progresar, para ser felices; para todo. La sociedad española es antiimaginativa, y esto ha destruido muchos talentos.”

Y Cunqueiro, el gran fabulador, en quien la imaginación era algo privativo y específico, respondió así a una de mis preguntas:

“¿Que si me ha ayudado la imaginación para sintonizar con el mundo religioso? Yo pienso que sí, que me ha ayudado mucho. No creo racionalmente. La imaginación me ha sido útil en el sentido de que ayuda a estar dentro del Misterio y vivirlo con naturalidad. Por otro lado, nunca se me olvida aquello que dijo Lord Dunsany: “Imaginación es santidad”.

Tuve la oportunidad, en 1969, de asistir, en París, al primer alunizaje. Estábamos en los jardines de la Embajada Americana, ante una pantalla gigante, y predominaban los yanquis. Se vivieron momentos de emoción fortísima. Especialmente, cuando los pies temblorosos de Armstrong se posaron en la superficie lunar; cuando dio sus primeros pasos, torpes; cuando la bandera norteamericana quedó clavada en aquel paisaje desolador, sin ondear a ningún viento. Hubo llantos, risas, emoción, abrazos. De pronto, cortando el parloteo de aquellos patriotas, justamente enardecidos, se oyó una exclamación en voz francesa, rotunda y reivindicadora: “¡Vive Jules Verne!” Después de un breve titubeo, hubo un aplauso general. A todos nos pareció muy bien. Cuando triunfa la imaginación creadora, cuando el ingenio humano llega a una de sus cumbres máximas, no está nada mal volver por un momento a las raíces y agradecer a los grandes cerebros imaginativos de cualquier siglo y de cualquier pueblo su capacidad para llevarnos en un rudimentario aparato de la Tierra a la Luna, aunque tan sólo fuese, entonces, sobre el papel. “Si a los niños se les agudizase más la capacidad imaginativa –recordemos a Torrente Ballester– seríamos capaces de inventar aparatos, de poner cohetes en la Luna”.

Erasmus de Rotterdam, en su famoso libro “El elogio de la locura”, trata de definir un nuevo naturalismo, preocupado particularmente en restituirle al instinto, a la pasión y al humor, un lugar importante en la vida humana. Y Erasmo llama locura, y la elogia, a esa pequeña sabiduría que conduce al enjuiciamiento irónico y amable del propio yo y del mundo circundante. Esa locura no sólo tiene función catártica sino que es, sobre todo, como en Cervantes, como en Shakespeare, el disolvente de los falsos absolutos y de las verdades impuestas. Pues bien, sin unos gramos, por lo menos, de esa “cuerdísima” locura, nos sentiremos desorientados y

**«Imaginación es santidad, es humor, es capacidad para disolver los falsos absolutos, las verdades impuestas; es libertad y autonomía.»**

coartados en nuestra marcha hacia Utopía; nos faltará seguridad, metas, capacidad para ser libres. Para ser libres y, en consecuencia, creativos. Creativos como nos quiso el Creador, que ordenó desde el principio: Dominad, transformad la Tierra.

Imaginación es santidad, es humor, es capacidad para disolver los falsos absolutos, las verdades impuestas; es libertad y autonomía. Daniel Goleman, psicólogo norteamericano, impresionado por las disfunciones emocionales que proliferan en su país, ha puesto últimamente de moda, con un libro excelente, el concepto de inteligencia emocional, esa capacidad de motivarnos a nosotros mismos y perseverar en el empeño, a pesar de las posibles frustraciones. No se puede separar el aprendizaje de los sentimientos –somos inteligencias afectivas– y ningún analfabeto del corazón podrá realizarse en plenitud. El mundo de la creatividad se le hará inabordable, y quedará siempre a las puertas de esa riqueza inmensa de lo real. De ahí la importancia de una educación plenamente integral, la importancia de equilibrar la enseñanza técnica con las Humanidades, factor de apertura. Hay que leer más a Tolkien, a Andersen, a Julio Verne, a Michael Ende, a Stevenson, a Borges, a Valle Inclán, a García Marquez, a Kafka... ¡a tantos! Por suerte, muchos adultos sí han leído a Ende, y la gran metáfora de su *Historia Interminable*. Muchos adultos han luchado, con el tímido Sebastian Balthasar Bux, por detener el avance de la Nada, algo siniestro e incomprensible que va devorando los bosques y los campos del gran país de Fantasía. Muchos adultos, por suerte, han traspasado alguna vez, con Alicia, el gran espejo carroliano, o se han abajado y empequeñecido para atravesar, con el atareado conejo blanco, el agujero del jardín que lleva al País de las Maravillas. Decía Oscar Wilde: “Un mapa de la tierra en el que no está señalada la Utopía no merece la pena de mirarse, le falta aquel país al que la humanidad siempre llega y, una vez llegado, mira a su entorno, descubre otro país mejor y navega de nuevo hacia él. El Progreso es la realización de la Utopía.” Para transformar, pues, la realidad que nos rodea, espesa y conflictiva, hay que adentrarse con ilusión por los caminos polvorientos de Comala, visitar el país de Nunca Jamás, pernoctar en Macondo, dar la vuelta a la ínsula Barataria y vivir en cualquier parte Cien años de soledad.

**Y** finalmente –especialmente– hay que leer también a Don Quijote, Señor de la Fantasía. Pero poniéndose decididamente de su parte, se burle quien quiera. Haciendo callar a los que entonan las excelencias exclusivas de la razón y a los que gritan ¡marcha atrás! porque los castillos son molinos. Miguel de Unamuno, para despertar a la gente de su vulgaridad y apatía, intentó la creación de una nueva cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas y barberos, duques y canónigos que lo tenían ocupado. Para rescatar el Sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón. Yo no propongo tanto. Tan sólo sugiero esa pequeña aventura de rescatar de entre las rejas y las barreras de nuestro yo adulto a ese ser puro e imaginativo que nos habita y al que vergonzosamente “ninguneamos”. Rescatar ese chispazo de inocencia y creatividad para que nos proteja y nos escude en la lucha de cada día contra los ataques de nuestra adusta y fría racionalidad. Dejemos, una vez más, que el niño salve al hombre.